

ELENA BARGUES

EL ASALTO DE CARTAGENA DE INDIAS



**PO
PUM**
* Books *

**EN PRIMICIA
PRIMEROS CAPÍTULOS**

Eres uno de los primeros en descubrir la colección El Ducado de Anizy

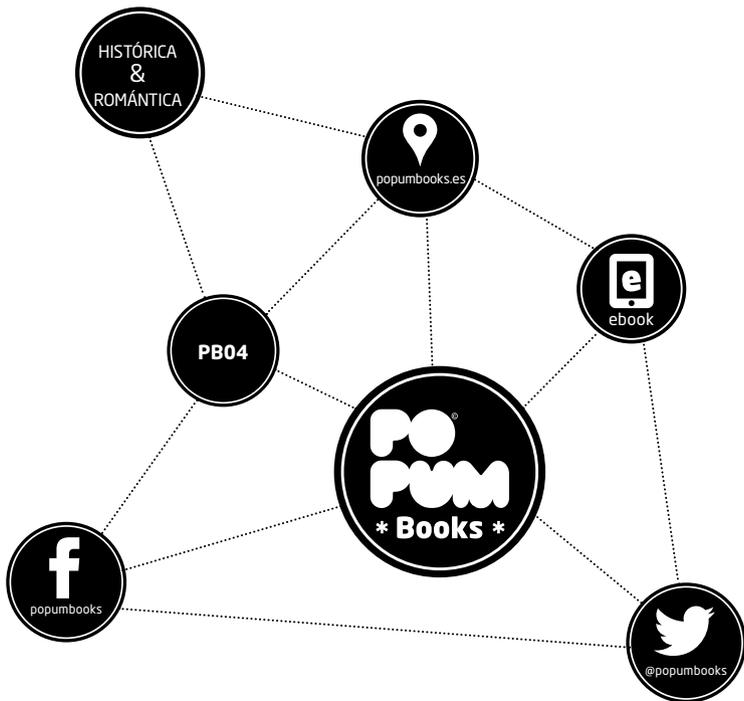
Lee en primicia el comienzo de El Asalto de Cartagena de Indias. Un relato plagado de duelos, luchas, botines y venganzas. Con Antoine Laver, primer oficial del *Le Fort* y miembro de la más tradicional nobleza de Francia. Su personalidad atrae la atención porque representa los viejos valores señoriales mezclados con una mente despierta, analítica y moderna que anuncia el siglo de la Razón, ya que estamos a las puertas del siglo XVIII. Mariana Tames es una sevillana de origen noble pero educada por un tío burgués en una Sevilla dominada por los comerciantes extranjeros. Llama la atención por su belleza y unos conocimientos mercantiles, inusuales en una mujer española, que contrastan con la ingenuidad propia de quien ha sido educada sin salir de casa, refleja la situación de desamparo de la mujer en aquella época. Su doncella, Teresa, es el contrapunto —como en los personajes de la Comedia Nacional— quien le mostrará la crueldad del mundo y la defenderá de él con la mente práctica de la pícara y la falta de prejuicios de honor y honra

Con un lanzamiento en papel y publicación digital, estará disponible en España y América Latina. Estamos seguros de que esta novela no te dejará indiferente.

A la venta en librerías, formato ebook y en la tienda online de la editorial: www.popumbooks.es

Elena Bargues

EL ASALTO DE CARTAGENA DE INDIAS



EDICION NO VENAL

Título colección: El *Ducado de Anizy*

Título: *El asalto de Cartagena de Indias*

© Autor del texto: Elena Bargues Capa

© Cubierta y diseño editorial: **CLAIMedia.es** *Publicidad y cosas de esas*

© Fotografía de autora: Popum Books.

© **Editorial Popum Books**

Editor: Javier Granda Pérez

Torrelavega. Cantabria

www.popumbooks.es

info@popumbooks.es

Impresión: Artes Gráficas J. Martínez

Impreso en España

Primera edición: Febrero de 2014

ISBN: 978-84-941421-3-0

Depósito legal: SA 65-2014

Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio, soporte o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright o de la editorial PopumBooks. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Elena Bargues

EL ASALTO DE CARTAGENA DE INDIAS







Elena BARGUES Capa

Nacida en Valencia en 1960, la escritora Elena BARGUES es licenciada en Historia Moderna y Contemporánea por la Universidad de Cantabria. Reside en la ciudad de Santander donde actualmente se dedica a la enseñanza de Lengua y Literatura Castellanas además de colaborar en la revista digital *Entre Tanto Magazine*.

Creció en el seno de una familia que le inculcó desde muy pequeña, la afición a la lectura y buceó por todos los géneros, con Oliver Curwood y Jack London recorrió Canadá sin necesidad de *Google Earth*, Zane Grey le enseñó más sobre estados americanos y tribus indias que la *Wikipedia* y Walter Scott el lado romántico de Escocia... aunque se declara gran admiradora de las novelas de aventuras y de los novelistas ingleses que cultivan el género histórico como son Bernard Cornwell, Patrick O'Brian o Simon Scarrow.

De sus dos pasiones, la novela histórica y la romántica, surgen sus novelas, porque la vida se compone de todo un poco, como muy bien reflejó Tolstoi en *Guerra y Paz*.



Rivers flows in you - Edward Cullen

*A mi hermano Manuel,
aunque ausente,
siempre presente.*

In media res

Las horas transcurrían lentas y pesaban como losas mortuorias. Las calles estaban desiertas tras el trasiego, los empujones y las prisas de los ciudadanos que habían decidido abandonar Cartagena de Indias junto con sus gobernantes, llevándose tan sólo aquello que les permitían las estipulaciones de rendición. El silencio en la población era sepulcral, después de días de haber estado oyendo el ruido atronador de la artillería.

Teresa se retorció las manos nerviosa y, de vez en cuando, dirigía una mirada a su ama que atisbaba la calle por la rendija que habían dejado de la contraventana. Estaban en la habitación situada sobre el zaguán de la casa, cuya ventana se abría a la calle de San Agustín.

—No hay nadie en la calle —comentó ansiosa su señora, sevillana como ella. Habían llegado seis meses atrás en la Flota de la Carrera de Indias con destino a Cartagena—. Los que se han quedado se han encerrado en sus casas.

Acababa de decir esto, cuando a lo lejos, oyeron a los trompeteros. Mariana la miró temerosa, ella se encogió de hombros. Algo atrajo la atención de su ama que volvió a asomarse.

—¡Hay unos hombres! —exclamó con un grito ahogado—. ¡Visten de asalto!

—Corred al refugio —ordenó Teresa a su señora—. Yo dejaré la ventana como acordamos.

La señora se fue y ella cerró la contraventana, por la que habían estado vigilando la calle, y dejó la ventana interior abierta. Rogaba

al Señor para que el oficial francés, al que habían amparado, cumpliera su palabra. Era su única esperanza para salir con bien de aquella situación. Salió de la habitación, corrió por el pasillo que se abría al patio interior y se introdujo en el dormitorio principal de la casa, donde la esperaba su ama con la puerta disimulada, como si fuera una más del armario, abierta. Allí, en ese pequeño aposento ocupado por una bañera, habían almacenado jarras con zumo y agua, queso, cecina y pan. Estaban dispuestas a pasar varios días encerradas si fuera menester.

Teresa se había apropiado de un pistolón, de los muchos que se exhibían en la casa, por si acaso hiciera falta. Nunca había tenido uno ni lo había disparado, pero había visto hacerlo en la mancebía y, de hecho, no le costó cargarlo y amartillararlo, listo para disparar en cuanto fuese necesario. También llevaba un cuchillo, al que los matones sevillanos llamaban vizcaína y lo usaban para reñir en las calles.

Recordó sus días en Sevilla. A pesar de las difíciles circunstancias que atravesaban en ese momento, no se arrepentía de nada. En la ciudad andaluza, la miseria y el hambre estaban acabando con ella lentamente; en Cartagena, seguramente perdería la vida. Pero ¿qué más daba un lugar que otro si al final la muerte era ineludible? Lo único importante era la calidad de vida que había llevado y en Cartagena había rozado el cielo con la punta de los dedos. Sólo lamentaba que hubiera sido tan fugaz que no había tenido tiempo de disfrutarlo.

Sintió la mano de Mariana en su hombro. De un soplido apagó la vela y Teresa retuvo la respiración para oír mejor, aunque su corazón latía desbocado. Habían entrado en la casa y escucharon exclamaciones en francés.

—Están admirados de la riqueza de la casa —le susurró Mariana al oído. Era una suerte que su ama hablase francés—. Alguien ha ordenado silencio y habla más bajo por lo que no alcanzo a entenderlo.

Los pasos se aproximaron y entraron en el dormitorio. Las dos mujeres, agarradas del antebrazo, aguardaban con los nervios a

flor de piel. Los golpes que sonaron en la puerta las obligaron a ahogar un grito con la mano sobre su propia boca.

—¡Mariana Tamares! Me envía el capitán Laver. Por favor, abrid la puerta —gritó en un español perfecto una voz desde el exterior.

Teresa estaba casi segura de que todo estaba perdido. Si eran franceses, malo; si eran españoles, igual o peor.

—Ha dicho mi nombre y el del oficial. ¿No deberíamos contestar? —susurró Mariana.

Volvieron a repetirse los golpes, más fuertes esta vez, y la misma invitación.

—¿Por qué hablan español entonces? —reflexionó Teresa—. Y ha dicho capitán, no primer oficial.

—De cualquier forma saben que nos escondemos aquí. No tiene objeto no contestar cuando pueden echar la puerta abajo. Abre —ordenó Mariana.

—De acuerdo, pero vos no saldréis hasta que yo os lo diga.

Mariana asintió.

Teresa abrió la puerta despacio y se asomó empuñando el arma. Había un hombre rubio, alto, de ojos claros y bien vestido en comparación con los hombres que lo acompañaban, que más bien parecían rufianes. Los tres estaban sudorosos por la carrera a través de las calles de Cartagena y por el esfuerzo de trepar al primer piso.

—Por favor, no disparéis —rogó el hombre rubio y bien vestido en español, separó los brazos del cuerpo y se retiró de la puerta hacia el centro de la habitación—. Me envía el hombre al que acogisteis. —Y sacó la cadenilla de oro con un crucifijo que había regalado su señora.

—¿Dónde está él? ¿Ha muerto? —preguntó Teresa al tiempo que sus esperanzas estallaban en mil pedazos.

I

Mariana se encontraba junto a Teresa, su doncella, en el alcázar. Disfrutaba del espectáculo que ofrecía el golfo de Cádiz. Las naves mercantes más ligeras habían descendido por el Guadalquivir desde Sevilla y con las velas aferradas esperaban a que los galeones de Cádiz levaran anclas. La tarde anterior se habían efectuado las rogativas públicas en todas las iglesias de Sevilla, Cádiz y Sanlúcar de Barrameda, y ahora hacían tiempo hasta que el general Vélez, desde la nave capitana, diera la orden de salida. Los marineros, de pie sobre las vergas, aguardaban para largar velas y los oficiales formaban en el alcázar, atentos al capitán, que desde la toldilla dirigiría la maniobra. En otros buques había más pasajeros como ellas que, emocionados, ansiaban el momento de la partida. En el *San Andrés*, galeón de guerra perteneciente a la Armada del Mar Océano, sólo se encontraban Mariana y Teresa. Compartían un camarote en el castillo de popa que había comprado su tío, Pedro Tamares, a uno de los oficiales.

No eran muchos los viajeros en la flota anual de Indias a pesar de la seguridad que ofrecía, pues necesitaban el beneplácito del Consejo de Indias para ocupar los camarotes de los navíos de guerra de su majestad. Este Consejo velaba para que los indeseables de la península no pasaran a las colonias y, por carecer de medios allí, engrosaran las filas de los filibusteros. El desplazamiento de Mariana se hallaba plenamente justificado: estaba prometida con un súbdito de las colonias e iba para contraer matrimonio.

Un silbido penetrante rasgó el aire de aquella mañana del mes

de octubre de 1696. Cayó el silencio sobre todos los barcos de la bahía, en la que se oyó solamente el golpeteo del agua sobre los cascós y el crujir de las maderas. A lo lejos, una voz potente gritó:

—¡Larga trinquete en nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, que sea con nosotros y nos guarde, y guíe y acompañe, y nos dé buen viaje a salvamento, y nos lleve y vuelva con bien a nuestras casas!

En cuanto acabó la oración, la nave capitana largó velas y se puso en movimiento, abriendo la marcha. Los barcos mercantes la siguieron todo lo apretados que permitía el riesgo de colisión a sotavento. A barlovento se situaban los galeones de guerra que los custodiaban y cerraba la marcha la nave almirante. Este orden lo mantendrían durante la travesía atlántica.

Mariana y Teresa compartían la misma excitación. El ruido ensordecedor de las velas al caer y tomar viento les disparó la adrenalina. El primer tirón del barco al iniciar el avance las obligó a sujetarse. Mariana, con los ojos anegados en lágrimas, observó por última vez Cádiz y la costa de su querida España, que abandonaba en contra de su voluntad. En el muelle, aunque no los veía por la distancia, quedaba su señor tío junto a sus hermanas, Inés y Carmen, que la habían acompañado desde Sevilla para despedirla.

—¡Oh, mirad, señora! —exclamó Teresa—. ¡Qué sensación tan extraña produce el balanceo del barco! ¡El suelo se mueve! — Se rió nerviosa como una niña pequeña. El entusiasmo por cualquier cosa que le ofrecía la vida arrastraba a Mariana.

Hacía tan sólo un mes que la conocía. El padre la había llevado a casa para que sirviera como doncella durante el viaje y, una vez en Cartagena, Mariana podría disponer de ella como quisiera. Estaba tan sucia y delgada que parecía ser menor de lo que era. Mariana en un par de días descubrió la impostura: era una de las muchas mendigas que pululaban entre las calles sevillanas. Desde que Sevilla había perdido el monopolio de Indias a favor de Cádiz, porque los barcos eran demasiado grandes y pesados para remontar el Guadalquivir, se había convertido en la ciudad de los

mendigos y de los pícaros. Las sucesivas pestes que la habían asolado obligaron a abrir hospitales y el abandono de los comerciantes la empobreció. Teresa era una de aquellas almas que luchaban por sobrevivir en un medio hostil y sin expectativas para una mujer desnutrida y poco desarrollada. Mariana no comprendía cómo había podido engañar a su padre porque era evidente que desconocía las tareas de una casa y sus deberes, pero fue tanto el desasosiego y el llanto de la chica que Mariana se apiadó de ella y pensó que, ya que estaba allí, igual daba una que otra. Así que los papeles se invirtieron. Mariana la bañó, le desenredó y recortó el pelo, la vistió y comenzó su instrucción para que pudiera servirla. Teresa fue una alumna agradecida y aventajada. Buena observadora, retenía todas las enseñanzas sin confundirse y Mariana intuyó que aquella personita de unos quince años, escuchimizada, de grandes ojos sobre un huesudo rostro y cabello ralo y sin brillo sobre los hombros, y que había tenido un contacto duro y descarnado con la vida, la iba a ayudar en los avatares de una travesía épica y en el descubrimiento de una nueva tierra. Así se sentía ella en esos momentos, como una descubridora de nuevos horizontes, pero le faltaba el contacto con la vida y el conocimiento de gentes que tenía Teresa.

—¡Ya siento el viento en la cara! —Y corrió de babor a estribor, se asomó por la borda y regresó rauda a babor—. ¡Ya cogemos velocidad! —exclamó, jadeando tanto por el ejercicio como por la emoción. Mariana sonrió.

Los oficiales y el capitán estaban atentos a la maniobra y a la orientación de las velas según ocupaban su posición en la flota, entretanto, ellas observaban cómo los demás barcos se incorporaban y oían las órdenes que se gritaban en las naves a causa de su cercanía. El mar se cubrió de velas desplegadas que impedían cualquier otra visión; el espectáculo las dejó sin resuello y consiguió que, por unos instantes, Mariana olvidara sus tribulaciones y Teresa su pasado.

Cuando empezó a declinar el sol, continuaban sobre cubierta. A lo lejos, una bruma sugería la costa. Los barcos navegaban más

separados y los marineros holgazaneaban sentados sobre los cabos adujados o sobre las batayolas a la espera de nuevas órdenes para atender las velas.

—Con su permiso, señorita. El capitán os invita a acompañarlo durante la cena en el camarote. —El hombre que se dirigía a Mariana era alto y de facciones agradables, de unos treinta años.

—Desconozco las costumbres en un barco y no sé si es usual este tipo de invitaciones —respondió Mariana prudentemente, y con cierto sonrojo al pensar que le parecería una tonta provinciana.

Pese a ser la hija de un conde nunca se había relacionado en sociedad. Cuando falleció su madre, ella y sus hermanas todavía eran pequeñas. El conde, su padre, las trasladó del cortijo solariego a la casa que la familia poseía en Sevilla, en la céntrica calle de *Santa María la Blanca*. El hermano gemelo de su padre, don Pedro Tamares, que disfrutaba del cargo de visitador civil del puerto de Sevilla, era el tutor de las muchachas al que se sentían más vinculadas que a su propio padre, al que apenas veían.

—No hay motivo de preocupación —sonrió amablemente el oficial—. Es tradición que el capitán invite a su mesa a los pasajeros y a los oficiales que no estén de guardia. Aceptar no es faltar al decoro y, si vos lo preferís, como no hay otra dama a bordo, podéis haceros acompañar por vuestra doncella.

—En ese caso informe al capitán de que le estoy sumamente agradecida y de que asistiré acompañada de mi doncella. —Con una inclinación de cabeza despidió al emisario, que se retiró después de una rápida reverencia.

—¡Oh, qué emoción! Cenaremos con hombres —susurró Teresa.

—¡Chist! —mandó callar escandalizada Mariana—. ¡Por Dios, Teresa! No es lo que imaginas. Se trata de una cena social entre caballeros. Escúchame con atención: cuando estemos a la mesa copiarás todos mis movimientos, comerás cuando yo coma y beberás cuando yo beba. Sé que eres lista y saldrás airosa del aprieto. —Teresa asintió más comedida al caer en la cuenta de que podría ser descubierta.

Para arreglarse un poco antes de la cena, se retiraron al camarote que compartían en el castillo de popa. En un galeón, el

espacio privado era un bien inexistente reservado para el capitán. Estaba situado en línea con el alcázar y bajo la toldilla. Un pequeño balcón, que rodeaba el alcázar, permitía el paso a las jardineras, donde hacían sus necesidades con un mínimo de intimidad. El camarote, de dimensiones reducidas, impedía una estancia cómoda; se iluminaba con velas dentro de faroles para evitar incendios y contaban con catres sujetos al suelo. Era un lujo si se consideraba que el resto de la marinería dormía en hamacas bajo cubierta con mal tiempo, o sobre cubierta en días de bonanza, sin disponer de un centímetro de intimidad.

Se cepillaron el pelo la una a la otra, se rehicieron los peinados y se lavaron en la misma palangana las manos y la cara. Mariana no acostumbraba a usar afeites. En su limpio y ovalado rostro, destacaban los alargados ojos del color del caramelo y la amplia boca de generosos labios rojos que contravenía los cánones de belleza del momento. Las mujeres solían pintarse una boca muy roja y muy pequeña, ignorando las comisuras reales de su forma. Todo ello enmarcado por una larga melena negra que se recogía en un moño bajo. En el único arcón que las dejaron llevar consigo, el resto se hallaba en las bodegas del barco, Teresa rebuscó un par de chales de lana para resguardarse del frío nocturno y salieron, nerviosas por la novedad, hacia el camarote del capitán.

Se disponía Teresa a llamar a la puerta cuando ésta se abrió de pronto, un haz de luz iluminó el oscuro pasillo de acceso. Se hicieron a un lado para dejar pasar a uno de los pajes que servían la comida. Un joven oficial, que se percató de su presencia, se levantó para invitarlas a entrar.

—Por favor, señoritas, las esperábamos con ansiedad —saludó con una inclinación de cabeza y, con un gesto de la mano, las condujo a sus asientos. Los demás caballeros se levantaron a su vez para recibirlas.

—Señorita Tamares, nos sentimos muy honrados con vuestra presencia —agradeció el capitán, don Juan de Guzmán, un hombre bajo y ancho, de pelo entrecano y con diminutas cicatrices en la cara, como si algo hubiese explotado lacerándole el rostro

por igual. Su señor tío lo describió como un hombre hecho a sí mismo y que merecía todo el respeto aunque no fuera noble. En realidad, ninguno de los presentes lo era—. Es la primera vez que llevo una pasajera, siempre han sido hombres de la administración del rey, pero debo reconocer que me alegra profundamente el cambio. Una joven belleza como la vuestra es un regalo muy valioso para gente como nosotros, acostumbrados a la sobriedad y al aislamiento que impone la vida en el mar.

—La honrada soy yo por la calurosa acogida a unas bisoñas en la navegación como nosotras. Procuraremos no entorpecer las labores durante la travesía —contestó humildemente Mariana.

—Mi querida señorita, permitidme que os presente a mis oficiales. Frente a vos, el alférez don Gonzalo Estébanez —Mariana inclinó la cabeza a modo de saludo al igual que él—; el segundo oficial, don Pedro Alzara que os franqueó la puerta hace un momento —Mariana repitió el saludo—; el señor Alonso Fernández es el capitán de guerra; nuestro cirujano, el señor Alonso García; y nuestro capellán, el padre Francisco.

Tras las presentaciones, las invitó a sentarse y los caballeros lo hicieron a continuación. Los pajes entraron con las viandas y, una vez servidos, el capitán y el primer oficial acapararon la conversación con las damas por ser los más próximos.

—Tengo entendido que os dirigís a Cartagena para contraer matrimonio —comentó el capitán mientras cortaba la carne—, por lo que este viaje se os antojará largo ante la ansiedad por reuniros con vuestro prometido. ¿Cuándo lo conocisteis? —La pregunta del capitán fue formulada como medio de entablar una conversación más que llevado de un malsano interés.

—¿Cómo de larga puede ser la travesía? —preguntó Mariana a su vez, para desviar la atención de su matrimonio hacia la travesía que tenían por delante.

—Normalmente —intervino el primer oficial, don Gonzalo Estébanez—, son seis semanas pero con la flota puede alargarse hasta dos meses. Somos muchos barcos y los mayores debemos adaptar nuestra velocidad a los menores para no dejarlos atrás.

—¡Dos meses! —exclamó Mariana asombrada—. Dos meses encerradas en tan pequeño espacio y sin ninguna obligación. Ahora me parece todo emocionante porque es nuevo, pero dentro de tres días no sabré qué hacer.

—Sí, supongo que es así para los pasajeros —terció de nuevo el capitán—, pero tened en cuenta que para nosotros supone una enorme responsabilidad. Es demasiado tiempo sin tocar puerto y pueden surgir problemas tanto de comida como de relación entre los hombres, eso sin contar con los inconvenientes que surjan del mar o de las condiciones climáticas durante el viaje.

—¿Y no hay algo que pudiéramos hacer nosotras? —inquirió Mariana desolada.

—Categoricamente, no, —contestó el capitán alarmado—. Un barco no ha sido pensado ni diseñado para una mujer. Vos deberéis limitaros a disfrutar del paisaje, del aire y del sol, como conviene a una futura desposada.

—¿Y los piratas? —se atrevió a participar Teresa, consciente de su insignificancia en aquella mesa.

—Por eso no debéis temer —contestó don Gonzalo, mirando a Mariana e ignorando a su doncella—. No llevamos nada de interés para ellos. Los problemas surgen en el retorno, cuando los galeones vuelven cargados de oro y plata. Podéis dormir tranquila.

El resto de la velada siguió el mismo tono informativo sobre la rutina diaria en el barco. En cuanto al punto de destino, sólo el capitán tenía algún conocimiento, aunque hacía varios años de aquello y las colonias cambiaban de una vez a otra. Desde que estaba al frente del *San Andrés*, era la primera vez que lo destinaban a formar parte de La Guardia de la Carrera de Indias.

Cuando terminaron de cenar Mariana sintió un sutil cambio en el ambiente que le indicó que debían retirarse y dejar a los hombres solos. Bajo el pretexto del cansancio, que todos admitieron elegantemente, abandonaron el camarote. Una vez en el suyo, se desvistieron y compartieron el catre. Mariana era un espíritu inquieto, y tanto la ansiedad por conocer lo que el destino la deparaba como la inanición la matarían si no encontraba algo que la

entretuviera y evitara que pensase demasiado en el futuro. Aquella primera noche fue extraña, el cabeceo del galeón junto con los crujidos de las cuadernas y los gemidos de las jarcias al tensarse no ayudaron al sueño. A esto había que añadir lo endeble de las estructuras que separaban los camarotes, que permitían escuchar cualquier conversación cercana. Entrada la noche, todavía no habían conciliado el sueño y, hablando en susurros, intercambiaban impresiones. Sintieron ruido en la estancia vecina y guardaron silencio; de pronto la luz se filtró a través de los tablones y oyeron susurros. Mariana prestó atención y reconoció las voces de los dos oficiales que habían compartido la mesa con ellas. Aunque hablaban bajo, se entendía perfectamente lo que decían.

—Parece que esta travesía va a ser entretenida —comentó don Pedro Alzara, el segundo oficial—, la hija del conde tiene una cara que hace soñar despierto.

—Pues ya podéis despertar porque no será para vos, —respondió agriamente don Gonzalo—. Esos aristócratas arreglan los matrimonios entre gente de su clase, así que olvidaos.

—Eso decís porque estáis casado— respondió dolido don Pedro.

—Esto digo porque sé de qué va la misa y, si tenéis cerebro, os guardaréis de enamoraros de la muchacha —avisó don Gonzalo, marcando las palabras.

—Ésta no es como las demás, altaneras, desdeñosas y mimadas. Me ha parecido bastante amable y miraba de frente a la persona con la que hablaba, sin hacer reparos de rangos —defendió don Pedro.

—Más a mi favor. Es más peligrosa de lo que imagináis —refutó terco don Gonzalo.

La conversación quedó interrumpida por el paje encargado de cambiar la hora de los relojes de arena.

—¡Una va pasada y en dos muele! ¡Más molerá si Dios querrá! ¡A mi Dios pidamos que buen viaje hagamos, y a la que es Madre de Dios y abogada nuestra, que nos libre de agua, de bomba y de tormentas!

Una voz más lejana gritaba:

—¡Ah, de la proa!

—¿Qué dirá? —contestaba el marinero de guardia y después se oía el Ave María.

Mariana no escuchó más; la luz del camarote vecino se apagó y sólo se oía el crujir de la arboladura y el rechinar de las vigotas que arrullaron el sueño hasta el amanecer. A la mañana siguiente, cuando salieron al alcázar, divisaron el mismo espectáculo del día anterior: el mar cubierto de velas. Y en ese preciso instante Mariana tuvo plena consciencia de cómo iba a ser el resto de la travesía.

—Buenos días, señoritas —saludó el joven don Pedro. De facciones agradables y cuerpo esbelto, propio de su edad y de la actividad, irradiaba una simpatía y una desenvoltura que no estaban sujetas a las convenciones sociales, por lo que su presencia resultaba agradable a las damas—. Hoy la navegación será como ayer, sin incidentes.

—¡Qué inmenso y monótono es tanto mar y tanto cielo! ¿Y no veremos nada más? —se angustió Mariana.

—Ahora navegamos por el mar de las Yeguas hasta las islas Canarias —informó el joven contento de captar la atención de las damas—, donde recalaremos dentro de unos doce días, para abastecernos de fruta, verdura fresca y agua potable, pero nadie descenderá a tierra. Después buscaremos los alisios a la par que la corriente que se dirige hacia el Caribe, atravesaremos el Atlántico por lo que llamamos el mar de las Damas, lo que nos llevará un mes aproximadamente, hasta La Dominica.

—¿Yeguas? ¿Damas? ¿Qué mares son esos? —se interesó Mariana.

—Del nombre de las Yeguas desconozco la razón —respondió apenado—, pero el de las Damas es tan tranquilo que hasta una mujer puede guiar el barco —comentó más alegre.

Mariana, sin embargo, lo miró con los ojos entrecerrados, disgustada por la presunción de inutilidad de una mujer.

—¿Podéis ser algo más concreto con eso de los alisios y la corriente? —indagó de nuevo Mariana.

—¡Oh, lo siento mucho! —se disculpó el joven azorado—. Hablo como si fuera natural lo que digo, sin darme cuenta de

que es un lenguaje extraño para los demás. Los alisios son unos vientos constantes y moderados que soplan con fuerza en invierno en dirección oeste, así navegaremos de popa; los localizaremos al sur de las islas Canarias, y siguen la misma dirección que una corriente de agua fría que baja del norte hasta las islas y cruza el Atlántico junto con los alisios.

—Entiendo —asintió Mariana—, por eso se llama mar de las Damas, porque no requiere ningún esfuerzo la navegación. Una vez localizados ambos, es dejarse llevar como si fuera un camino trazado hasta esa isla... ¿La Dominica?

—Exactamente, señorita —ratificó don Pedro complacido. A continuación fue requerido por el contra maestre y tras disculparse las dejó solas de nuevo.

—¿Y qué vamos a hacer el resto del día? —preguntó Teresa mientras observaba los otros barcos.

—Eso mismo quisiera saber yo —respondió Mariana con desolación—. Creo que éste es el paisaje que vamos a disfrutar en semanas. —De pronto se le ocurrió una idea—. ¿Te gustaría aprender a leer y a escribir?

—¿Lo decís de verdad? —Teresa no cabía en sí de emoción.

—Creo que sí. No tenemos otra cosa que hacer ¿no te parece? —contestó con una sonrisa.

Los días se sucedieron tal y como habían previsto. Se acostumbraron al cabeceo del galeón y a los ruidos del casco; por las mañanas comían solas y por las noches compartían la mesa del capitán. Don Pedro se acercaba, siempre que sus obligaciones se lo permitían, para enseñarles los diferentes animales marinos que se cruzaban a su paso. Los que más les entusiasmaron fueron los delfines. Mariana había leído sobre ellos en textos griegos pero nunca se los imaginó así. Advirtió que Teresa escuchaba atenta cualquier conversación que mantuviera, para tratar de retener lo máximo posible, consciente de la oportunidad que se le había presentado para mejorar su vida. Los domingos estaban ocupados por el oficio religioso del padre Francisco, y en alguna ocasión el señor don Alonso Fernández, capitán de guerra, simulaba un zafarrancho

para instruir a la tripulación, lo que obligaba a sacudirse la monotonía diaria, y se convertía en un día especial.

Llegaron a las islas Canarias, pero nadie desembarcó. Repusieron agua, fruta y hortalizas frescas, y volvieron a largar velas hacia el sur para localizar los vientos alisios y la corriente de Canarias.

Se encontraban sentadas en el alcázar cuando don Pedro se acercó.

—Asomaos por la amura de babor —apremió el joven, y esperó a que las damas se aprestaran a obedecerlo—. Observad atentamente el horizonte. —Esperaron sin saber qué iban a divisar, con una mano apoyada en la frente para ensombrecer los ojos. Teresa fue la afortunada.

—¡Una fuente hacia el cielo! —gritó ilusionada.

—Eso quiere decir que allí hay una ballena —informó satisfecho don Pedro.

—¿Las ballenas escupen agua? —preguntó Mariana un poco decepcionada porque no la había vislumbrado a tiempo.

—Son los seres más grandes del océano. Si vais en bote, podéis encontraros en apuros porque pueden volcarlo a su paso. Tienen un orificio en la parte dorsal por el que expulsan un chorro de agua. Los balleneros de las islas dicen que cada cierto tiempo tienen que respirar y ellos las siguen y aguardan a que emerjan para arponearlas.

—¡Qué emocionante! —comentó Mariana—. ¡Allí! ¡Ya lo veo! Hay más chorros, cuatro o cinco, es difícil distinguirlo desde tan lejos y el brillo del mar confunde la vista.

Estuvieron un rato distraídos con el horizonte. Mariana paseó la mirada por la borda y se dio cuenta de que no eran los únicos concentrados en tal menester. Una vez tomado el rumbo, había observado que no era necesario estar pendiente del velamen y la marinería haraganeaba sobre la cubierta: unos cosían velas, otros rehacían cabos o los adujaban. Al volver la vista hacia la toldilla se fijó en el primer oficial que con un extraño aparato hacía unas anotaciones. Lo había visto hacer al capitán y siempre hacia la misma hora. Se armó de valor, pues don Gonzalo se mostraba distante con ellas, aunque se mantenía en el límite de lo cortés.

No era como don Pedro. Subió las escaleras de acceso a la toldilla y se situó junto a él, que siguió con lo suyo sin haberse percatado de su presencia. Cuando separó el artefacto de la cara, dio un pequeño respingo al descubrirla.

—Lamento molestaros —se apresuró a disculparse—, pero soy bastante curiosa ¿Os importaría explicarme qué es lo que hacéis?

Don Gonzalo la miró como si no entendiese su demanda, al poco pareció reaccionar, aunque no como esperaba Mariana.

—No comprendo qué interés puede tener para vos la teoría de la navegación. No vais a gobernar ningún barco. —Lo más grave de aquella contestación para Mariana fue que él lo creía firmemente, y no estaba formulada con segundas intenciones ni con el ánimo de ofenderla al descalificarla.

—Pues el mismo interés que podáis tener vos en conocer que a través de un sistema de poleas podéis izar un peso, o en saber cómo atajar una enfermedad, o una plaga en un sembrado, ¿o no lo sentís vos? Pues a mí me gusta averiguar el porqué de las cosas, o cómo funcionan, o que de momento sólo puedo atisbar la parte más alta de aquel barco, que se acerca por nuestro barlovento porque la tierra es redonda.

Mariana presenció cómo, alarmado por tal afirmación, giraba en redondo hacia el punto que ella le había indicado pero, aliviado, comprobaba que no había nada. Sin embargo, a los pocos segundos, llegó el aviso del marinero de guardia de la cofa.

—¿Cómo habéis podido verlo? —preguntó don Gonzalo con desconfianza.

—Tengo la vista aguda. Supongo que el marinero no lo vio antes porque estaría distraído con las ballenas, como todos.

—Como todos, no. Él estaba de guardia —refunfuñó el oficial— y eso tiene consecuencias. Será un ballenero de las islas.

Mariana inició el ademán de retirarse cuando la voz de él la detuvo.

—¿No queríais saber lo que estaba haciendo? —Todavía la observaba reticente.

Mariana volvió rápidamente a su lado y con una sonrisa lo animó a seguir.

—Medía la altura del sol sobre el horizonte, y el resultado más aproximado lo busco en estas tablas cuadrinales en las que figura la declinación solar para cada día del año, y de esta manera obtenemos la latitud, es decir, en qué sitio del océano estamos aproximadamente.

—Entonces esto es un astrolabio.

—No, es un cuadrante —contestó don Gonzalo, sorprendido de que ella conociera esa palabra—, es más moderno y más exacto que el astrolabio. Un tal Davis lo inventó el siglo pasado.

—¿Cómo se usa? —preguntó Mariana. Había olvidado la inicial desconfianza de él. En realidad, estaba acostumbrada a que no la tomaran en serio.

—Poneos de espaldas al sol —ordenó—, coged esta plancha e intentad alinearla con la sombra del sol sobre el visor y éste con el horizonte, de forma que presente una línea recta de visión. —Mariana hizo lo que le ordenó, tomó la referencia y consultó las tablas cuadrinales.

—Vaya, parece fácil, pero no me creo que esto sea todo —comentó. El oficial la estudió con detenimiento antes de contestar. Había evaluado de nuevo con quien estaba hablando.

—Veréis, las tablas han sido realizadas por muchos marinos que han seguido la ruta antes que nosotros. Reunidos todos los datos que han ido aportando, facilitan la navegación a otros, como por ejemplo a nosotros. Si no tuviésemos esa referencia deberíamos hacer más cálculos y nuestro punto de llegada sería más estimativo. De todas formas hay que contar con la velocidad que desarrollamos y que medimos con la corredera y la ampolleta.

—¿Cuánto tiempo lleváis en el mar? —preguntó Mariana. Lo miró fijamente y sintió cómo él se zambullía en sus ojos melosos.

—Mucho, desde los catorce años, como los pajes que nos acompañan. El mar se aprende desde niño. Aunque estoy casado, no sé mantener una conversación con una mujer.

—Tendré que aplicarme para sacar el mayor provecho de esta travesía —murmuró Mariana para sí, pero lo suficientemente alto para que don Gonzalo la oyera.

—¿Vais a gobernar un barco en alguna ocasión? Nunca había oído semejante disparate —comentó molesto.

—Nada más lejos de mi intención —contestó Mariana, ajena a su desaprobación y concentrada en sus pensamientos—. Acabo de encontrar una forma de entretenerme y no volverme loca con esta inactividad. ¿Puedo tomar la altitud todos los días con vos? Así, cada día, me iréis explicando sobre vientos, cabos y velas.

—¿Navegar un entretenimiento? Para mí es un oficio. ¿Aburrirse? ¿Desde cuándo una mujer se aburre?

—No he pretendido molestaros —se disculpó Mariana—. Pensadlo mejor. Será la primera vez que una mujer no se canse de vuestra charla y podréis hablar de aquello que mejor conocéis: el mar.

—Si ese es vuestro deseo, me sentiré muy halagado con vuestra compañía —respondió el adusto marino, y el rostro de Mariana se iluminó con una sonrisa carente de coqueteo y llena de felicidad.

Desde entonces para Mariana los días se acortaron. Las mañanas transcurrían junto a don Gonzalo, que le habló de las grandes corrientes que semejaban ríos dentro del mar y ayudaban en los traslados este-oeste y oeste-este, esta última se llamaba la corriente del Golfo y era la que tomaban para retornar a Europa junto con los vientos alisios; le habló de las estrellas, del polo magnético, del nombre de las velas, de orzar y arribar, o de navegar de bolina. Un día se encontraron rodeados por un gran banco de peces voladores que saltaban sobre cubierta. La novedad y la sorpresa las entretuvo un rato, pero pronto pasó a ser una constante a lo largo de la travesía, por lo que quedó relegada a la monotonía diaria. Por las tardes se dedicaba a las lecciones de Teresa, que ponía el mismo afán que ella por aprender. Las letras le resultaron más complejas pero los números no se le resistían, realizaba las operaciones sin papel y con una seguridad que enorgullecía a Mariana. El capitán proporcionaba los pliegos, aunque no entendía para qué una criada necesitaba esa educación. Pero, al igual que los demás, no le negaban nada, en realidad, ambas mujeres eran la comidilla y el entretenimiento de los oficiales: Mariana por su

belleza y excentricidad y Teresa por un cuerpo paupérrimo que contradecía la inagotable vitalidad que contenía.

Teresa no podía dejar de sentirse tocada por la diosa Fortuna. Hasta hacía unas semanas vagaba envuelta en harapos por las calles sevillanas y ahora navegaba, vestida y alimentada, hacia las Indias Occidentales, aquellas tierras soñadas por todos los españoles desheredados pero prohibidas por el Consejo de Indias. Ni siquiera los marineros bajaban a tierra para que no desertaran y, si así fuera, se responsabilizaba a los capitanes, que pagaban una multa. El control de la Casa de Contratación de Sevilla era tan férreo que, en el último momento, el corregidor Mayor de la ciudad realizaba una última inspección para asegurarse de que no hubiera polizones, de que las naves mercantes no llevaran pasajeros y los galeones de guerra no cargaran bastimentos para comerciar. Pero ella, Teresa, había conseguido todo gracias a su audacia y a la suerte, a ciertos servicios como alcahueta que había dispensado al conde y a la caridad de su ama.

Cuando conoció a la señora, hizo las paces con el mundo con el que se hallaba en guerra. Su madre era una ramera de uno de los tantos burdeles que poblaban Sevilla. Murió al darla a luz y fue hija de todas y de ninguna de las prostitutas de la mancebía. Según iba creciendo y su conciencia despertaba, presenciaba cómo los hombres trataban a las mujeres, cómo éstas morían de forma violenta o de enfermedades innombrables, cómo las perseguía la Iglesia que cerraba las casas de lenocinio y las dejaba sin medios para sobrevivir. Aprendió a evitar a los rufianes, a pasar desapercibida, y decidió que debía buscarse la vida de otra forma. Se hizo imprescindible en la cocina del burdel, donde aprendió a guisar mientras fregaba. Su cuerpo magro de carnes y su crecimiento raquítico evitaron que el jaque del tugurio se fijara en ella para el negocio.

El conde de Olvera era un asiduo jugador de naipes al que, en alguna ocasión, había servido de mensajera. Se trajinaba mujeres desencantadas de sus maridos, esposas o viudas de artesanos y comerciantes, a quienes el conde encandilaba con falsas promesas

de amor o matrimonio, según el caso, y éstas, deslumbradas por su apostura y por el título, caían en sus brazos. Un día, el conde perdió una importante cantidad de dinero frente a un abogado, quien exigió su ganancia en el momento y no aceptó ninguna dilación en la cancelación de la deuda. El conde, que evidentemente no podía satisfacer la demanda, se veía ya entre rejas cuando el abogado hizo una oferta sorprendente: un cliente muy rico de las Indias Occidentales deseaba contraer matrimonio y le ofreció tres veces la cantidad adeudada por una de sus hijas. Allí mismo, delante de ella, que había llevado el recado de escribir, se firmó el acuerdo, aunque Teresa no supo hasta días más tarde la importancia que aquel acto tendría para su vida. Cuando el conde abandonó la mancebía, el abogado, con una sonrisa, dio las gracias al garitero que arreglaba las partidas junto con una buena propina. Era uno de los muchos arreglos o negocios que se realizaban en los tugurios todas las noches y, como no tenía relación con ella, lo echó a olvido. Sin embargo, días más tarde, el conde volvió ufano a jugar y la llamó para que llevase un mensaje a la coima que esa noche se iba a trajinar y, medio bebido y medio en broma, le propuso acompañar a su hija en el viaje, pues necesitaría una doncella. Consiguió la dirección de la casa y, sin pensarlo dos veces, en un golpe audaz, se presentó como enviada por el conde. Su confianza se resquebrajó cuando quedó en evidencia su torpeza y desconocimiento en las tareas que se le asignaron.

—Te vas a quedar fría. —La voz de Mariana la rescató de sus recuerdos y la devolvió a la realidad. El viento había cambiado y la mañana había refrescado—. Te he traído el chal.

—Gracias, señora. Me siento avergonzada pues soy la que debería cuidaros —se disculpó Teresa.

—No tiene importancia. Estabas muy abstraída, ni siquiera me has sentido llegar. ¿En qué pensabas?

Teresa intuyó que detrás de la pregunta había, más que curiosidad, ganas de entablar una conversación.

—Recordaba el día en que os conocí y la suerte que tuve de que no me devolvierais a la calle.

—Estuve a punto de hacerlo aconsejada por mis hermanas, pero en aquellos días me sentía tan desgraciada por mi destino que no me pareció justo que hubiera más gente tan desdichada como yo. Tu apariencia de abandonada y tus súplicas exigían a gritos una oportunidad. Y, sinceramente, creo que no me equivoqué.

—Nadie se había portado así conmigo. Me habéis vestido, me tratáis con amabilidad, sin un mal gesto ni azotes, y me habéis ofrecido la libertad si encuentro marido en las Indias. La deuda que he contraído con vos es muy grande, pero sabré compensaros.

—¿Cómo has podido vivir en soledad? Yo siempre he vivido arropada por mis hermanas, mis tíos y sirvientes. Es la primera vez que me encuentro sola, muy sola, en medio de un mundo muy grande, en medio de la mar océano.

—Yo tampoco había salido de Sevilla, sin embargo, para mí es un cambio lleno de esperanza, es un futuro pleno de posibilidades. No dejo nada atrás y tengo mucho por delante.

—Eres afortunada —confirmó Mariana. Se apoyó, ensoñadora, en la balaustrada que daba sobre el alcázar—. Yo me había hecho ilusiones, tenía proyectos, creí que conocía mi futuro. Pero mi padre lo hizo añicos. He de reponerme y pensar como tú, que confías en el porvenir. Es lo único que me queda para no sucumbir a la tristeza, para no sentir añoranza de lo que ya es pasado.

A Teresa le encantaba su ama; era una persona sin bajezas ni altiveces. En el poco tiempo que llevaba junto a ella percibió con admiración su capacidad intelectual; hablaba varios idiomas: el francés con un cura que ella y sus hermanas llamaban preceptor; y el italiano con una familia genovesa. Recordó aquella entrevista con pena pues sintió, aunque no comprendiera las palabras, la tristeza que anegaba a aquel joven tan apuesto, tan educado y frágil. ¿Cuántos corazones habría roto su señora? ¿Cuántos más rompería? Aunque lo importante sería que fundiera el de su futuro marido.

—Echar de menos a la familia, lo comprendo, pero sentirse infeliz por lo que todavía no teníais, no lo entiendo. Vos habláis de ilusiones y proyectos, eso es futuro. ¿Qué importa dónde se realicen? ¿Quién dice que tengáis que abandonarlos? Nunca se sabe.

—Eran proyectos muy cercanos, al alcance de la mano. Prácticamente ya estaba decidido que me casaría con Lorenzo Veglio —explicó Mariana.

—Sí, recuerdo al chico y recuerdo que fue él quien se mostró afligido. Sin embargo, vos no habéis derramado ni una lágrima.

—Puede que no. Igual es que soy más fuerte que él —aventuró Mariana.

—O que no estuvierais realmente enamorada —apuntó Teresa implacable—. Habíais aceptado una situación que se fraguó a vuestro alrededor sin pecataros.

—No lo niego, pero era agradable. La situación prometía seguridad. Sin embargo, ahora no sé a lo que me enfrento.

—¿Sentís miedo de navegar en este barco? —preguntó Teresa.

—No —contestó Mariana extrañada.

—Sin embargo, son unas tablas de madera que pueden romperse en cualquier momento lo que nos aísla del fondo oscuro del mar, donde albergan seres abominables y desconocidos.

—Seguramente, pero procuro no pensar en ello. De todas maneras, si algo sucediera a la nave, estamos rodeadas de otras naves que nos acogerían.

—Pues esta nave es vuestro futuro. ¿Por qué no tenéis la misma fe en él? Si fallan unas ilusiones, habrá otras a las que subirse.

—Me dejás sin palabras —dijo Mariana sorprendida—. Con esa filosofía es fácil imaginar cómo has conseguido sobrevivir en las calles de Sevilla. Eres muy lista, Teresa.

Teresa, feliz por el elogio de su dueña, volvió la mirada y sorprendió al primer oficial que las observaba desde el coronamiento. Al punto, éste apartó la vista y la fijó en algún punto de la arboladura, fingiendo desinterés por la dama. Pero Teresa conocía suficientemente a los hombres para pensar lo contrario. Recordó la conversación que habían escuchado la primera noche y sonrió, pues había descubierto la falacia de don Gonzalo. La finalidad de aquellas palabras no era la de prevenir a su amigo de las consecuencias de un enamoramiento indebido, sino prevenirse a sí mismo, pero ya era demasiado tarde.

Una cálida y luminosa mañana de diciembre se avistó tierra. Durante semanas su señora no volvió a abordar el tema sobre el futuro, pero notó su ansiedad y la comprendió. ¿Cómo sería el hombre al que estaba destinada? ¿Cómo sería la casa? ¿La aceptarían a ella como criada?

Esa mañana Mariana no la pasó junto a don Gonzalo ya que los oficiales estaban ocupados en otros menesteres. Se mantuvieron juntas y apartadas para no molestar. De pasada don Pedro comentó que en La Dominica la flota se dividiría, pero no aclaró más. Se dedicaron a observar cómo se aproximaba la tierra nueva y cómo el océano se tornaba más claro y transparente. Allí la luz lo cambiaba todo; nada era igual a su remota Sevilla.

A media tarde aferraron velas y largaron hierro, dejando al buque bormear con la marea y la corriente. Los galeones botaron chalupas con toneles para repostar agua, pero nadie bajó a tierra. Con las banderas de señales se comunicaron entre los barcos y quedaron divididos en dos flotas: la de Nueva España con destino a Veracruz; y la de Tierra Firme o de los Galeones con destino a Cartagena y Portobelo.

Durante los días siguientes la ansiedad por el futuro creció en Mariana. Teresa trataba de distraerla y desviaba su atención hacia las nuevas maravillas que aparecían ante ellas. Aquellos parajes eran una explosión para los sentidos. El aire cálido abría los poros de su piel, la luz hería sus ojos, el olor también era diferente, o al menos eso creía ella; los colores eran violentos, el verde lujurioso de los islotes contrastaba con el intenso azul del cielo, y las blancas playas con el mar esmeralda que lamía sus bordes. Incluso la lluvia era abundante y rápida: chubascos pasajeros. Todo era excesivo.

Don Gonzalo se convirtió en la sombra de su señora, se volvió más parlanchín y hablaba sobre cualquier tema. Le describía su tierra, Burgos, donde lo esperaba su familia, le desvelaba sus inquietudes y desgranaba historias sobre la vida en el mar. Teresa se mantenía a distancia pero vigilante. Se percató de que Mariana se mostraba reservada en cuanto a su vida, escuchaba más que hablaba, y le pareció bien, pues aquel hombre no le convenía, no estaba

ni socialmente ni intelectualmente a su altura, y además estaba casado, aunque a ella no se le pasaba por alto el cálido sentimiento que abrigaba por su ama.

Por fin, una noche, durante la cena, les informaron de que a la mañana siguiente entrarían en la bahía de Cartagena. Recomendaban madrugar porque el cuadro que ofrecían algunas ciudades desde el mar era impresionante y merecía la pena sacrificar el sueño.

2

Llevaba un rato despierto, pero el frío día que lo esperaba no lo animaba lo suficiente para levantarse. Fue la cálida mano de la marquesa la que con firme urgencia lo empujó fuera de la cama.

—Antoine, idos ya, perezoso. Louis debe estar a punto de llegar y no quiero que os encuentre aquí —le recriminó dulcemente con un mohín.

—Es lo que más me gusta de vos, vuestro pragmatismo después de la pasión. —Antoine comenzó a vestirse sin prisa—. Ni un adiós ni una lágrima para el pobre amante que parte a la guerra —dramatizó mientras echaba una última mirada al lánguido y blanco cuerpo tendido sobre las sábanas.

—No seáis ridículo. Os echaré de menos.

El tiempo que tardéis en sustituirme por otro, pensó Antoine.

El cuerpo de la marquesa se estiró provocativo y ésta le lanzó un beso con la palma de la mano. Antoine simuló que se tropezaba cuando iba a cogerlo en el aire, persiguió el beso por la habitación hasta que lo alcanzó y se lo guardó en el corazón, al tiempo su cara expresaba de forma exagerada el más puro éxtasis.

—Antoine, si os cansáis de la Armada tenéis asegurado un puesto entre los cómicos —rió la marquesa, encantada por la representación.

—No creo que saliera beneficiado con el cambio, mi querida señora. Los cómicos pasan más estrecheces que yo —contestó con la mente en otro lugar.

Una parte de él le exigía salir de aquella habitación con urgencia. Estaba cansado de haraganear en tierra y de retozar de cama

en cama, buscando no sabía el qué. Se acercó al lecho y depositó un beso en el cálido y tembloroso vientre de la mujer.

—Como no quiero ponerlos en un brete con vuestro marido, con gran tristeza de mi corazón tengo que partir —se despidió galantemente.

Hizo una profunda reverencia, se dio media vuelta y salió. Bajó las escaleras silenciosamente, aunque estaba seguro de que los criados conocían lo que allí ocurría y, al salir por una puerta de servicio, se encontró en medio de un callejón. Se ciñó la capa al cuerpo a causa del relente y se caló el sombrero para esconder el rostro. Cubrió la distancia del callejón a la vía principal con largos pasos para combatir el frío invernal y se internó en las calles parisinas. De camino a su *hôtel* se cruzó con otros individuos que, al igual que él, se apresuraban embozados a sus residencias. París no era una ciudad que destacara por su moralidad. Cuando alcanzó la *rue du Richelieu*, aminoró el paso. Se sentía más tranquilo. El cambio de color del cielo le anunció la proximidad del alba. Llegó a la altura de la *rue Saint Augustin* y se introdujo en ella. A pocos pasos, se detuvo frente a la cancela de hierro de su pequeño y acogedor palacete.

Antoine evitaba los naipes. Había visto muchas vidas truncadas por el juego como para que le resultara atractivo. Sin embargo, su vida en el mar se lo ponía difícil. En esos casos procuraba ser prudente y se retiraba a tiempo. Unos años atrás se había visto involucrado en una partida entre los oficiales de dos barcos. Él confiaba en perder rápidamente y retirarse del juego, pero en aquella ocasión su racha de suerte fue increíble y no pudo abandonar la mesa sin ofrecer la revancha. Al final, se encontró mano a mano con un remilgado oficial de la otra dotación que no había dejado de beber en toda la noche, y el asunto terminó en un envite muy fuerte: las ganancias de Antoine contra un *hôtel* de la propiedad del contrario en París. Antoine lo rechazó de la forma más caballerosa, pero el oficial estaba fuera de sí. Sus amigos intentaron calmarlo y convencerlo pero no se avino a razones así que, en medio de un silencio sepulcral, se desarrolló una tensa partida

que no olvidaría nunca. Entre los mirones se cruzaron apuestas, los compañeros de uno y otro contrincante tomaron posiciones detrás de los jugadores para evitar trampas durante la partida, y Antoine sintió correr la adrenalina por su cuerpo como si estuviera a punto de abordar otra nave. El momento lo atrapó y lo fascinó arrastrándolo. Comprendió la fiebre que consumía a su antagonista y que aquel peligro era tan real y expuesto como estar sobre la cubierta de un navío en pleno temporal, pero el triunfo fue amargo. A la mañana siguiente, Antoine, mientras esperaba al desafortunado para realizar el traspaso de la propiedad, explicó a Philippe de Latour, su compañero de armas y amigo, el torbellino de emociones que lo invadió durante el juego, y se juró no tocar un naipe en el resto de su vida. Philippe lo escuchó atentamente y lo apoyó, aunque no pudo evitar recordar la noche anterior y recordarle que, gracias a un mal paso, ahora se había convertido en dueño de una casa.

Empujó la cancela y cruzó el patio hasta la puerta que él mismo abrió. Cuando pasaba la noche fuera, se llevaba una llave para no molestar a su escaso servicio. Baptiste, que tenía media cara destrozada por una bala de cañón cuando servía a las órdenes de Antoine en el Mediterráneo, era el mayordomo; la señora Lussac, viuda de un zapatero, era la cocinera; y su hijo Luc, el mozo de cuerdas.

Subió al primer piso y entró en su habitación. Aunque no se había encendido la chimenea en todo el día, la encontró caldeada en contraste con el frío húmedo del exterior. Corrió los cortinajes para que la incipiente luz le permitiera ver sin necesidad de encender una vela. Arrojó la capa y el sombrero a un diván, dejó la casaca sobre la cama y pasó a otro aposento más pequeño con una bañera en el centro; a un lado un gran ropero cubría toda la pared, y al otro, dos muebles, uno con una palangana y un jarro de agua y otro con cabezas de alambre para dejar las pelucas, completaban el mobiliario necesario para el aseo. Aquel cuarto era un lujo concebido únicamente en Francia, donde surgieron los primeros armarios que sustituyeron a los arcones y las primeras mesas con espejos para acicalarse. Se quitó la peluca y la dejó caer

de cualquier manera sobre una de las cabezas, a continuación se desabrochó la camisa y vertió agua sobre la palangana. Un ruido atrajo su atención hacia la puerta.

—¿No es muy pronto para levantarse? —preguntó al joven que se apoyaba en la jamba vestido con un camisón y unas zapatillas.

—Estaba despierto y te oí llegar. No me acostumbraré nunca al frío que hace en tus dependencias. —Se acercó al ropero y se abrigó con una chaqueta de Antoine. Cuando estaba en la ciudad, Gastón disfrutaba de la casa como suya propia y dormía en una habitación bien caldeada al otro lado del pasillo.

—No dirías eso si estuvieras todo el día sobre la cubierta de un barco sin la posibilidad de acercarte a un fuego en meses. ¿Qué vamos a hacer hoy? Tú eliges. — Era el último día que iban a pasar juntos en bastante tiempo.

—No tengo preferencias. ¿Esgrima?

—Esgrima entonces. En el gimnasio no dejan entrar a mujeres —aprobó Antoine.

—Pues por las noches no parece que les hagas muchos ascos, ¿qué tal con la marquesita? —se interesó Gastón con un brillo juguetón en los ojos.

—Como todas, muy locuaz, pero sin nada interesante que decir, y muy versada en la cama —comentó sin interés mientras se pasaba la navaja.

—Algo tendría. Sería guapa al menos.

Antoine se volvió y miró a su hermano pequeño. Tenía ya dieciocho años y, aunque todavía no llenaba la chaqueta de gala que había cogido de su ropero, su cuerpo prometía un hombre vigoroso. Para él, la belleza todavía era importante.

—Sí, era mona, Gastón, pero eso ya no es suficiente.

—¿Era? No piensas volver a verla. Es increíble que una persona que está todo el día en el mar hable con aburrimiento de las mujeres. Antes te divertías.

—Ya no. Sinceramente, te pareceré un monstruo pero, una vez satisfecho, me cansan. Son todas iguales. No, no es cierto. Las de los puertos son sucias y pijoosas, prefiero las aristócratas parisinas,

son más refinadas y se perfuman para disimular el olor.

—Vamos, Antoine, no lo dirás en serio. ¿Nunca te has enamorado?

Terminó el afeitado, se limpió los restos de jabón y volvió a mirar a su hermano.

—Sí, una vez. Tendría tu edad, más o menos, y tu ingenuidad. Pero enseguida se encargaron de abrirme los ojos y de destrozarme el corazón. ¿Vas a vestirte o vas a practicar esgrima en camión? Serías el comentario de todo París.

—Voy a vestirme, pero no me considero un ingenuo por creer en el amor. El amor existe, Antoine, el problema es encontrarlo. En eso estoy de acuerdo contigo.

Se dio media vuelta y se alejó renqueando hacia su habitación, arropado en la chaqueta de Antoine. Éste se quedó cavilando en si alguna mujer le habría dado ocasión de saborear sus mieles a pesar de su cojera.

La madre de Antoine había fallecido de unas fiebres, y el duque de Anizy consideró que ocho meses de luto eran suficientes y contrajo matrimonio con la hija única de un pequeño aristócrata, cuya belleza y juventud paliaban la insuficiente dote y nobleza de la familia. Pero, tras un embarazo complicado y un difícil parto, murió al mes de dar a luz a Gastón. El duque se desentendió de la crianza de un niño que tenía una pierna más corta que la otra, y se volcó en Christopher, el heredero del título, sobre el que ejerció una férrea disciplina que más adelante se revelaría contraproducente. Antoine, que a sus ocho años ya mostraba una fuerte personalidad, descubrió en su hermano pequeño una inteligencia despierta y una voluntad de vivir parejas a la suya, y decidió ser su guía y protector frente al hostil mundo que rodeaba a los segundones de las grandes casas.

Una vez aseado y con ropa limpia, bajó al comedor para desayunar. Gastón estaba con un plato en la mano a punto de servirse.

—Has sido más rápido que yo —comentó Antoine con una sonrisa.

—Te esmeras mucho acicalándote y eso que no quieres ver mujeres.

—No tengo tanta práctica como tú. En un barco es difícil ir a la última moda y llevar los encajes perfectos —concluyó Antoi-

ne tras un breve escrutinio al atuendo de su hermano. Era muy apuesto, había heredado la belleza de su madre, el pelo rubio y los grandes ojos grises, y, a pesar de su padre, el cuerpo robusto de los Laver. En pocos años alcanzaría la complexión del propio Antoine quien, por el contrario, era moreno, de nariz recta y fina, y de ojos verdes rodeados de unas largas pestañas negras—. Por cierto, hemos hablado de mi fracaso con las mujeres. ¿Y tú? ¿Alguna en particular? —preguntó mientras tomaba un plato y decidía lo que iba a ser su desayuno.

—No. Me ocurre lo mismo que a ti. Todas me parecen sosas y superficiales —contestó con un tono de amargura.

—¿No serás virgen?

—Por Dios, Antoine, tú no. Soy cojo, pero el resto de mi cuerpo funciona bien —contestó ligeramente irritado.

—No quería decir eso. Pensaba si tendrías algún problema por esa razón con las mujeres —se apresuró a explicar Antoine.

Los ojos de Gastón brillaron con malicia al contestar.

—Creo que por esa razón estoy por delante de ti. No veas el gancho que tiene; o son unas morbosas o sacan sus sentimientos maternos a relucir. De cualquier forma obtengo mis beneficios.

—Vaya, vaya, padre se equivocó contigo. Te declaró inútil para la vida militar y montas y manejas la espada tan bien como yo; imaginó que eras tonto para destacar en la Iglesia y administras la herencia de tu madre como el mejor terrateniente, y ahora aflora el carácter lujurioso de los Laver. —Sonrió orgulloso a Gastón.

—Esos logros te los debo a ti, no a mi padre. Tú me enseñaste a superarme y a no dejarme abatir por sus mordaces críticas. Me empujaste a realizar cualquier ejercicio físico a pesar de mi tara. Me proporcionaste lo más importante: autoestima. Pero a padre no lo menciones. —Su mirada grisácea, por lo general cálida y confiada, se tornó acerada y turbia.

Sus cambios de humor también eran rápidos y apasionados, como los de Antoine, y, aunque no se parecían físicamente, eran gemelos en cuanto a gustos, ideas o carácter. Le dolía dejarlo de nuevo solo.

—Lo siento. Dejemos los malos recuerdos atrás. ¿Qué vas a hacer cuando me vaya?

—Me quedaré unos días más en París y luego regresaré a Blérancourt.

—¿No has vuelto a Anizy? —se interesó Antoine.

—No. Además está entero en obras. Christopher ha decidido renovar el *château* y darle un aire más versallesco.

Antoine frunció el ceño y se puso de pie.

—Así que sigue pegado al rey para que éste olvide la participación de la familia en La Fronda. ¡Pobre Christopher!

Yo no me compadecería de él —comentó Gastón a la vez que se limpiaba la boca y se levantaba también—. Te aseguro que es feliz en ese ambiente y está muy acorde con su carácter. —Gastón y Christopher no congeniaban. Antoine tampoco, pero era su hermano y se preocupaba en conseguirle buenos destinos en la marina siempre que podía.

—¿Sabes cuándo se casará?

—No. Ahora dice que cuando acabe la reforma del *château*, pero creo que va para largo porque no tiene recursos. Ha dejado las tierras en manos de un administrador y él se pasa los días en Versalles, dilapidando la renta. Me gustaría que el duque viera su obra —terminó con una sonrisa sarcástica.

A Antoine le pareció una venganza mezquina al considerar que todos iban en el mismo barco, aunque Christopher fuera el beneficiario. La familia era la familia y, si el nombre fuera arrastrado por el fango, salpicaría a todos por igual. De todas formas, coincidía con Gastón en su crítica al incumplimiento de los deberes de su hermano mayor. Antoine odiaba el mar con la misma pasión que amaba la tierra. Le parecía una injusticia que las propiedades de la familia quedaran en manos tan inexpertas y desinteresadas como las de Christopher.

—¿Y qué dice la novia? Nunca me ha parecido que la paciencia sea una de las virtudes de Jacqueline, pero era una niña cuando la vi por última vez.

—¡Ja, ja, ja! —rió Gastón—. ¡Eso es lo mejor! Tenías que ver

con qué arte y desenvoltura esquivaba las intenciones de su amada. Estoy seguro de que las obras son un pretexto para aplazar la boda y no sale de Versalles para no encontrarse con ella. Vamos ya hacia el gimnasio —apremió. Unió la palabra a la acción y abrió camino.

Pasaron la mañana sumidos en el ejercicio de la esgrima, aunque Gastón fue el más beneficiado por la experiencia de su hermano, que le enseñó las tretas más sucias con las que se lucha en un abordaje. Sudorosos y hambrientos se encaminaron hacia una taberna cerca del mercado, en la *rue du Louvre*. Consiguieron una mesa apartada y pidieron venado y dos jarras de vino para pasarlo.

—Así que la flota se reúne en Brest. ¿Conoces el destino? —preguntó Gastón.

Antoine apoyó los brazos sobre la mesa, descargó su peso sobre ellos y miró fijamente con sus ojos verdemar a Gastón.

—Mis propiedades siguen igual, si no vuelvo, lo mío es tuyo.

—No es esa la respuesta que esperaba —respondió con tono agrio su hermano.

—Ya lo sé, pero no puedo olvidar cómo están las cosas. Hace cuatro años la escuadra de Tourville quedó arruinada en La Houghe por el asalto inglés, y hace apenas dos años la escuadra de Wilmot, en coalición con la Armada de Barlovento española, barrió Saint-Domingue. Hasta el momento, me he ido librando con destinos en el Mediterráneo, pero ahora estoy en Brest. Sin-
ceramente, Gastón, la vida en el mar, al menos para un francés, es muy corta.

—El duque fue siempre un tacaño —replicó malhumorado el chico. Antoine sufría su falta de fortuna y Gastón con él.

—No, ahí no tuvo la culpa. No fue por dinero. El rey Louis amnistió a los participantes de La Fronda, sin embargo no los olvidó. El ejército de tierra quedó para los leales. El rey es prudente, yo hubiera hecho lo mismo.

Alargó el brazo y empujó a Gastón amistosamente al tiempo que le sonreía. El muchacho estaba renuente pero Antoine cambió la conversación y la condujo a un terreno agradable para él.

—Háblame de Blérancourt. ¿Qué cultivas ahora?

—Legumbres. —La expresión de Gastón se animó a medida que hablaba—. Alforfón en tierra de barbecho y glasto para comerciar.

—¿Glasto? —indagó Antoine mientras concluía con el venado.

—Sí, hierba pastel para tintes.

—¿Qué color es?

—¡El azul de Toulouse! —exclamó Gastón, asombrado de la ignorancia de su hermano.

—¡Ah! Ya caigo, la *Isatis tinctoria*. Eso da mucho dinero. — Aunque su expresión era de total inocencia, a Gastón le quedaba claro que su hermano le había tomado el pelo y él había tragado cebo y sedal. Antoine disponía de una buena biblioteca que el propio Gastón consultaba asiduamente sobre temas agrarios en su casa. ¿Cómo no iba a saber lo que era el glasto?

—Dio mucho dinero, ahora no tanto, pero el sucesor de Colbert está reactivando la industria y el comercio, y hace falta para la porcelana, los tapices... y, como soy pobre, lo poco que gano lo invierto en ganado: vacas, gallinas y patos.

—Entonces no eres tan pobre, los animales son caros. ¿Y por qué no más campos?

—Porque el futuro no es la tierra. Ésta, al final, traiciona: plagas, mal tiempo y fuera cosecha. El ganado es más seguro.

—También se muere —objetó Antoine.

—Sí, en realidad el negocio está en la industria, pero el rey Louis se adelanta a todos. Se está haciendo rico con sus empresas manufactureras. ¡Ojalá pudiera meter la nariz!

—Si anda el rey de por medio, te la cortarán —sentenció Antoine.

—Ya, por eso sigo luchando con mis cultivos.

—Y lo estás haciendo muy bien, estoy muy orgulloso de ti. ¡Cómo me gustaría quedarme y ayudarte con ello!

Suspiró y echó una larga mirada por el local lleno de parroquianos. El día se terminaba. Su último día con Gastón. Ya había comenzado el mes de diciembre y pasarían la Navidad separados. ¿Cuándo lo vería otra vez? ¿Habría otra vez? Observó al chico mientras terminaba la colación sin que se diera cuenta. Su pelo, del color de la paja, lo llevaba recogido en una coleta; sus rasgos

eran perfectos aunque un poco angulosos debido al estirón que había experimentado en los últimos meses. Hacía ocho meses que no lo veía y estaba tan alto como él. Cuando volviera a verlo, sería un hombre hecho y derecho. Sintió el dolor de la separación. Si le ocurría algo, el chico se quedaría solo. Con Christopher no se podía contar.

—¿Qué ocurre? Me miras como si fuera un fantasma. —Gastón lo trajo de vuelta a la realidad.

—Se hace tarde. ¿Nos vamos? —apremió como respuesta.

El viaje a Brest fue largo y pesado. Había tomado un coche de postas porque era invierno, pero nada más salir de París ya se había arrepentido. La sociabilidad no era su fuerte y la tanta cháchara de los demás viajeros lo incordiaaba, la inactividad lo consumía y la incomodidad del asiento lo descomponía. Pero eran muchos días para pasarlos a caballo bajo la constante lluvia y cargaba equipaje para meses.

Recordó por enésima vez a Gastón. No le gustaba despedirse y madrugó para salir sin ser notado, como siempre hacía, sólo que esta vez, Gastón lo esperaba al final de la escalera, rompiendo la costumbre. Con una sonrisa azorada le tendió la mano y Gastón se la estrechó con más fuerza de lo habitual, como si quisiera transmitirle su vida. Las defensas de Antoine se derrumbaron, tiró de la mano, y lo abrazó. Había sido la primera vez que se habían despedido y eso lo inquietaba. ¿Sería un mal presagio? Como todo marino era supersticioso y cualquier detalle fuera de lugar lo desasosegaba.

La voz del cochero anunció Brest. En medio de una copiosa lluvia atravesaron las puertas de la ciudad y el coche se detuvo en la plaza principal. El ambiente sofocante y la incomodidad del receptáculo eran mayores que la molestia del aguacero, y Antoine descendió del carruaje sin demora. Dio instrucciones para que trasladaran su equipaje a la posada de “La Gaviota Borracha”, donde tenía reservada una habitación con su amigo Philippe de Latour, y se dirigió al puerto para buscar su nave y presentarse al capitán.

La bahía de Brest era amplia y resguardada de los gélidos vientos del norte por la orientación al sur. Según se acercaba al puerto aumentaba la actividad en las calles, así como las tabernas y el barullo. Cuando desembocó en el muelle, la visión del abra fue espectacular: un extraño bosque de palos, velas y jarcias cubrían el horizonte; allí fondeaban hermanados tanto barcos de pesca como mercantes o buques de guerra, y un hormiguero de chalupas, chinchorros y cúters bogaban con bastimentos, pertrechos y marineros alrededor de los barcos. Antoine contó hasta diez barcos grandes de guerra, tres de ellos, navíos de línea, mayores que el resto. Estaban alejados del muelle por lo que no alcanzó a ver los nombres. Buscó un esquife que lo acercase a su nuevo destino en el Atlántico: el buque *Le Fort*.

Él y Philippe habían sido relevados de la flota del Mediterráneo y, por eso, habían disfrutado de unos días de permiso. La visión de la bahía de Brest revelaba que algo importante se estaba gestando, para lo que hacían falta nuevos barcos y dotaciones para gobernarlos. Antoine había sondeado a algunos amigos en París, pero nadie tenía conocimiento de ello, por lo que debía de tratarse de alguna acción contra algún país enemigo, y se llevaba en secreto para que no llegasen las noticias a oídos no deseados.

Antoine se entretuvo durante la travesía observando los navíos más de cerca. Preguntó al remero cuál era el buque *Le Fort*.

—De aquellos tres —señaló los tres buques más grandes—, el más cercano a nosotros.

Se sintió sobrecogido y emocionado a la vez. Hasta ahora sólo había gobernado galeras y pequeñas fragatas, pero nunca un navío de dos cubiertas. ¿Con cuántos cañones contaría? La aventura prometía ser interesante y esperaba que no llegara a ser nefasta, como indicaban las constantes derrotas que habían sufrido. Inglaterra y Holanda controlaban el mar del Norte y el Canal y asfixiaban cualquier aspiración marítima de Francia; por el sur presionaba España.

El golpe del esquife contra el costado del navío lo sacó de sus cavilaciones. Al grito del serviola de guardia, se identificó.

—*Monsieur Laver*, primer oficial de *Le Fort* de la Armada de su majestad.

Subió ágilmente por la escala hasta la cubierta, donde lo recibieron algunos marineros formados. Se acercó un hombre de mediana edad, de hombros anchos que acortaban su estatura.

—Se presenta Eugénie, contraamaestre, señor. El capitán lo espera en su camarote, señor.

Se dirigió a popa sin prisas con la intención de no parecer nervioso a la tripulación que, disimuladamente, lo estudiaba. Intentaban calibrar su carácter como hombre y sus redaños como militar, lo mismo que él iba a hacer con su capitán. No había guardia a la puerta, así que llamó y, cuando oyó la respuesta, entró.

—Se presenta el primer oficial Laver, señor.

El hombre, que estaba sentado a la mesa en medio de un mar de papeles, se levantó. Estaba sin chaqueta, sin peluca y con las mangas de la camisa remangadas.

—Adelantaos, *Monsieur Laver*. Soy el Vizconde de Coelogon, vuestro capitán. —Avanzó su mano, la cual Antoine, sorprendido por la campechanía, se apresuró a estrechar—. Como mi primer oficial trabajaréis conmigo y quiero que reconozcáis el navío desde la cofa hasta la quilla y os familiaricéis con el resto de oficiales. Tengo entendido que no habéis servido en navíos de línea o fragatas con esta eslora.

Más que una pregunta era una afirmación, pero Antoine intuía que ponía en duda su capacidad.

—No, señor, pero conozco los vientos y las velas. —intentó suavizar con un tono neutro la áspera defensa. Coelogon lo observó con los ojos entrecerrados.

—Vuestra hoja de servicios así lo confirma. Sin embargo, las naves que poseemos en el Mediterráneo son menores. Vos estáis aquí porque se os describe como una persona de aprendizaje rápido, inteligencia abierta, audaz en vuestras decisiones y porque las tripulaciones os siguen al infierno. Este barco es nuevo y uno de los mayores en este puerto: tiene cincuenta y cuatro cañones distribuidos en dos cubiertas. En La Houghe no sólo perdimos

barcos, perdimos también oficiales. Y, gracias a Dios, los niños bonitos de encaje y puntillas sólo quieren puestos en el ejército de tierra. En la marina sólo estamos los desesperados por encontrar un lugar en esa sociedad y, aunque seamos la más fea del baile dentro del ejército, vive Dios, que tenemos más temple que los amanerados de tierra. Espero que os adaptéis rápido y conozcáis hasta la última cuaderna de este casco. Llevaos al contraмаestre en vuestra expedición, él os explicará todo lo que necesitéis saber. ¿Alguna pregunta?

—En cuanto al alojamiento...

—Todavía aguardamos órdenes —le cortó—. Podéis quedaros en tierra hasta nueva orden, pero desde el amanecer hasta el anochechar os quiero a bordo. En cuanto lleguen las órdenes, trazaremos juntos la derrota.

Volvió a sentarse y a centrarse en su trabajo, dando por terminada la conversación. Antoine, tras un breve saludo, se retiró. En el alcázar lo aguardaba el contraмаestre con expresión seria.

—*Monsieur* Eugénie, parece que será mi pareja de baile el resto del día, luego no me lo agrie con esa expresión tan adusta. ¿Sabe la marinería que soy novato? —Notó cómo Eugénie se relajaba y sonreía.

—Sí, señor. Saben que sois nuevo en este barco pero, en realidad, lo somos todos. Venimos de otras dotaciones, un barco nuevo se forma con restos de otros.

—¿Conocíais al capitán?

—Sí, señor. He servido a sus órdenes en otra ocasión. Siempre ha navegado por el Atlántico y desconfía de los meridionales.

—Lo he notado —aseguró Antoine.

—Pero es un buen capitán —se apresuró a añadir Eugénie nervioso—. Es rígido con las normas pero se preocupa en formar y entrenar a las tripulaciones; es meticuloso y por esto le suelen asignar los barcos nuevos.

—Vaya, esto sí que ha sido una sorpresa. Así que toda la armada tiene conocimiento de que somos bisoños.

Eugénie se encogió de hombros sin dar importancia a la situación.

—Puede ser, pero nos han dejado el mejor barco para jugar.
—Sonrió con un guiño de complicidad a Antoine.

—¿Y los otros dos? —Antoine se apoyó en la amura de estribor para contemplarlos mejor.

—El de la izquierda es el *Sceptre*, la nave capitana de setenta y cuatro cañones. Navegaremos bajo las órdenes de Jean Bernard Desjeans.

—Barón de Pointis —completó Antoine pensativo.

—Sí, señor. A la derecha, el *Saint Louis*, la nave almiranta de cincuenta y seis cañones, bajo el mando de *Monsieur Levy*. Es como el nuestro, de cincuenta y cuatro cañones.

Abandonaron la amura, se dirigieron hacia la proa y por el camino examinaron la arboladura, la tensión de los obenques y el estado del velamen. Cuando bajaron a la cubierta, se tropezaron con un rostro conocido.

—¿Pierre? —El marinero se cuadró delante de su oficial con una sonrisa.

—Sí, señor. Me alegro de estar bajo vuestras órdenes de nuevo, señor.

—Me complace descubrir que hay alguna cara conocida, marinero, aunque en esta parte del mar los barcos y los enemigos son distintos.

—A los turcos no los echaré de menos, y con los españoles ya hemos cruzado el hierro en más de una ocasión, señor.

—¿Cuál es aquí vuestra tarea? —Recordaba que Pierre era un buen artillero.

—Compruebo que los cañones estén batiportados correctamente, así como el estado de los cabos de los bragueros que los sujetan, para que no haya sorpresas en la travesía, señor.

Continuó el recorrido, acompañado por el contra maestre y el marinero, por las dos cubiertas, visitó la santabárbara, inspeccionó el lastre sobre la quilla, y al final de la tarde estaba saturado de tanta información como agotado de subir, bajar y agacharse para evitar los coscorriones con los baos. Pidió permiso al capitán y bajó a tierra.

Una vez en el muelle, encaminó sus pasos hacia “La Gaviota Borracha”. Era una suerte que entre la tripulación estuviera Pierre, ya que disiparía cualquier duda que se planteara sobre su persona entre la marinería. Había conocido un caso en que una dotación avezada, muerto el capitán, había detectado la inseguridad y la inexperiencia del oficial cuyo padre le había comprado el puesto y, a la hora de dar órdenes, se encontró con un motín a bordo. Por supuesto que no era su caso; él lo había conseguido por sus méritos. Christopher sólo le había ayudado en los destinos.

Cuando llegó a la posada buscó entre las mesas a Philipe y, al no encontrarlo, preguntó a la posadera, que movió negativamente la cabeza. Subió a la habitación para asearse antes de cenar. La estancia era amplia para dos personas, limpia y bien ventilada. Desde la ventana, por encima de los tejados, se abarcaba la bahía donde los barcos borneaban con los fanales de posición ya encendidos ante la caída del sol. Los ruidos del puerto llegaban mitigados por la lejanía y la altura. Se quitó las botas, dejó la chaqueta sobre una de las camas y, cuando se disponía a lavarse, oyó un galope rítmico que ascendía por las escaleras, se abrió la puerta violentamente y, como un vendaval, entró Philipe.

—¡Antoine! ¡Ya estamos otra vez embarcados! —Arrojó la capa y el sombrero sobre una cama y se hundió en los brazos del amigo y, sin darle tiempo para reaccionar, se volvió, se acercó a la puerta y gritó instrucciones para que subieran el equipaje.

—¡Hombre, creí que no llegaba! Esto está en el fin del mundo. —Con el pelo revuelto, las mejillas arreboladas por el ejercicio y los ojos chispeantes, se dejó caer en la silla más cercana.

—Ahora ya sabes lo que es atravesar todo el país, y que conste que París no está cerca. La Bretagne es el fin del mundo —aseguró Antoine mientras enfrentaba una silla a la de su amigo y se sentaba a horcajadas, con los brazos apoyados en el respaldo. Esperaron hasta que el mozo, que entraba el equipaje, saliese y cerrara la puerta.

—Cuéntame ¿qué sabes de nuestro destino? —lo acució Antoine.

—¿Por qué tengo que ser yo quien lo sepa? Tú llevas más tiempo

aquí. —Se desentendió Philippe.

—Vamos, que ya nos conocemos. No me creo que no hayas averiguado algo. Coelogon no ha soltado prenda.

—¿Qué tal es el barco? —demoró Philippe.

Antoine sabía que le gustaba mantener la intriga. Philippe estaba allí por voluntad propia pero no así él, que se sentía acorralado por las circunstancias que le impedían ser dueño de su destino. Philippe lo admiraba por su destreza en el gobierno del barco, por cómo se ganaba el respeto de la tripulación; Antoine lo respetaba por su dedicación, su alegría, su compañerismo y lealtad.

—Es un reto, algo distinto —contestó Antoine renuente.

—Está bien —cedió—, pero no es mucho. El secreto que han desplegado en torno a la expedición es muy grande y el acceso casi imposible.

—Tú lo has dicho: “casi” —recalcó riéndose Antoine. Philippe se unió a su risa con una mueca irónica. Un tío suyo trabajaba codo con codo con el nuevo ministro de guerra, pues Louvois ya se había retirado.

—Cruzamos el Atlántico. Se trata de tomar represalias por la devastación de Saint-Domingue, pero no sé más.

Antoine soltó un silbido.

—Nos vamos a las Indias Occidentales. —Entrecerró los ojos soñadoramente.

—Emocionante, ¿a que sí? —añadió entusiasmado Philippe. Se puso de pie con energía—. Vamos a cenar, estoy hambriento. Me cuentas abajo tus impresiones sobre el barco.

—Coge mesa y pide la cena. Voy enseguida —contestó, sumándose a la acción.

Philippe salió como entró, en medio de un remolino de aire. Era más joven que Antoine, puro nervio, charlatán y extrovertido. Se le recordaba más por su simpatía que por su físico, de talla media, delgado, ojos claros y pelo pajizo. Era el alma en las refriegas con los enemigos, pero su impetuosidad no anulaba la sensatez en las situaciones difíciles y Antoine confiaba en él. Sin embargo, Antoine, a sus veintiséis años, era más reflexivo, más inclinado a

escuchar que a hablar y esto lo investía de un aire de seriedad y severidad que lo ayudaba para mantener la disciplina en una nave. Una vez calibradas las circunstancias de cada momento, tomaba una determinación y no vacilaba en llevarla hasta el final, y eso gustaba a los hombres, pues transmitía confianza en las misiones.

Terminó de vestirse y bajó al encuentro de su amigo. Sin sorpresa, descubrió que compartía mesa con otro oficial al que Antoine no conocía. Estaba acostumbrado a la espontaneidad de Philippe que entablaba conversación con todo aquel que tuviera alrededor. Según le vio llegar, se levantó e hizo señas para que se acercara. Le presentó al segundo oficial del *Sceptre*. Inclinaron ambos la cabeza a modo de saludo y compartieron el banco, mientras que Philippe pedía otra ronda de vino a la moza.

—Hablábamos del movimiento que hay en el *Sceptre* —le puso al corriente Philippe.

—No hay mucho que contar —continuó Laurent—. Todo se lleva en secreto. Cuando estoy de guardia, oigo comentarios entre los que van y vienen, pero poco más.

Laurent calló un momento, en tanto que la moza servía el vino y apartaron los brazos de la mesa a la vez que simulaban una conversación más distendida pero, en cuanto se retiró, las cabezas de los tres oficiales se reunieron de nuevo, como movidas por un resorte.

—¿Quiénes van y vienen? —preguntó Philippe.

—Burgueses, pero burgueses ricos, comerciantes y armadores. El barón de Pointis los recibe a bordo porque están más resguardados de los oídos indiscretos pero, entre que suben y bajan, se oyen comentarios y retazos de conversaciones.

—¡Por todos los cielos! Id al grano. Nos tenéis sobre ascuas —apremió Philippe.

El oficial torció el gesto, disfrutaba con mantener en vilo a la audiencia y no le gustó que le estropeasen la narración. Antoine, más diplomático, intervino.

—No vale la pena ponerse nervioso, Philippe, no vamos a levar anclas en una hora. —Con un gesto de la mano indicó a Laurent que prosiguiera. Éste retomó el relato, complacido por la com-

prensión de su compañero de banco.

—Nuestro rumbo es el Caribe: Saint-Domingue. Supongo que por eso están los comerciantes de por medio. Recordaréis que la flota española barrió Saint-Domingue en dos ocasiones: en 1691 y la segunda hace dos años. El resto de la información es confusa. No sé si vamos para hostigar a los españoles o para defender la posesión, y además hablan de piratas, algo que me pareció muy raro, pero lo daban como cierto: nos uniremos a los piratas.

—¡No! Habéis entendido mal —rebatíó Philipe asombrado—. Querrán que acabemos con los piratas. ¿Desde cuándo la Armada navega con patente de corso? Estamos en guerra con España. No necesitamos subterfugios.

—Lo que oí no ofrece dudas —ratificó el oficial—. Dijeron: “una vez allí la escuadra será reforzada con barcos piratas.”

—¡Ésa es la clave! —exclamó Antoine—, “reforzada con barcos”, barcos rescatados de los piratas.

—¡Sí, sí, eso es! —ratificó Philipe.

—Seguramente sea así. A mí también me sorprendió, pero no se me ocurrió considerarlo desde ese punto de vista —contemporizó el oficial, más alegre.

Y así siguieron el resto de la velada, chismorreando sobre los barcos, sobre otros oficiales y sobre los preparativos. En los días siguientes la actividad en el puerto aumentó: se cargaron animales y provisiones en los barcos, así como lona para velas, maderas y otros pertrechos necesarios para reparar los desperfectos que sufrieran durante la travesía. También llegaron tropas del ejército regular. Aquello prometía ser una empresa a gran escala. Antoine se mantenía aparentemente tranquilo y trataba de calmar la ansiedad de Philipe, pero en su interior estaba exultante por el nuevo reto que se avecinaba.

Una mañana, pasada la Navidad, a principios del mes de enero, abarloó una barca con un acalorado mensajero que preguntó por el vizconde de Coelogon. Un marinero lo acompañó al camarote del capitán y después lo ayudó a descender por la escala hasta la barca nuevamente. Al poco de separarse del buque, se oyó un

“*Mon Dieu*” que obligó a todos a dejar lo que estaban haciendo y a dirigir la mirada hacia la puerta abierta de la cámara del capitán. A los pocos segundos, con otro grito, requirió la presencia de *Monsieur Laver*. Antoine cruzó el alcázar como una exhalación ante la expectación de la tripulación. Llamó con los nudillos en la jamba.

—Pasad y cerrad la puerta, *Monsieur Laver* —ordenó el capitán—. Hemos recibido las órdenes. Esta noche quiero a todos embarcados, se cancelan los permisos a la marinería y, a partir de ahora, se prohíbe la bebida y el juego a bordo. Zarpamos al amanecer con la pleamar. Vos y los demás oficiales podéis bajar a tierra a primera hora de la tarde para recoger vuestras pertenencias y solucionar asuntos pendientes.

—¿Puedo preguntar por el destino, señor?

—Podéis, pero sólo os diré que nos dirigimos a las Indias Occidentales. Las órdenes se abren en altamar, *Monsieur Laver*.

Cuando terminaron con sus tareas, Antoine y Philippe se llegaron al muelle. Mientras Philippe se hacía cargo del equipaje y de cerrar el trato con la posadera, Antoine escribía a Gastón.

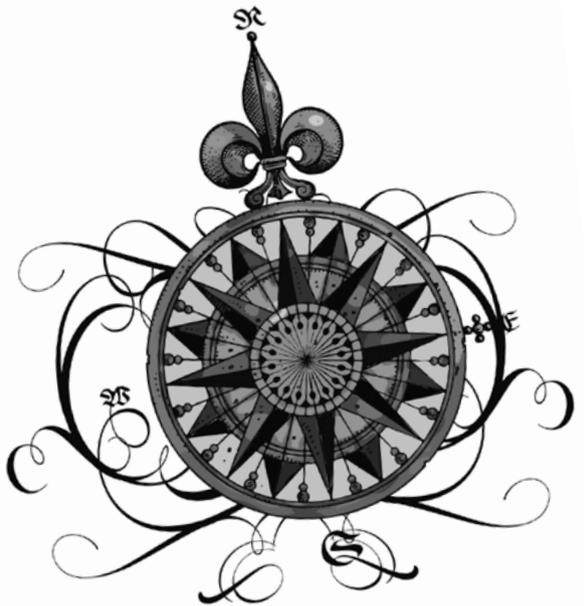
“Querido hermano:

Te escribo a pocas horas de embarcarme definitivamente. Mañana zarparemos con la marea al amanecer y, Dios mediante, llegaremos en mes y medio al mar del Caribe y, aunque no sabemos el destino ni la finalidad, barruntamos que la ausencia será larga. Los preparativos han sido ingentes y la flota es la mayor que yo he presenciado. Partiremos diez navíos grandes de guerra, dos pingües, dos balandras, una galeota lanzabombas y cuatro lanzabombas ligeros traídos del Mediterráneo que, como te expliqué en su momento, causan mucha destrucción como comprobamos en Alicante, Génova y Argel. Entre marinos y soldados del ejército regular seremos unas cuatro mil almas embarcadas en no sé qué aventura. Los rumores son muchos, la certeza ninguna, pues el secreto es cerrado.

Philippe te desea salud y te envía un consejo: “Ten cuidado con la hierba pastel”. Parece ser que en Toulouse se ha abandonado su cultivo porque entra por España el índigo, que llega de las Indias,

es más fácil de extraer y por tanto más barato. La salud del rey Carlos II es quebradiza y es incapaz de crear descendencia así que nuestro rey tiene puestos los ojos en ese trono. Si esto fuese posible, aunque ni Philippe ni yo lo creemos, y España y Francia se unieran, te verías en un aprieto.

Dios te guarde. Un abrazo de tu hermano, Antoine.”





En Popum Books editamos algo más que libros... buenas historias que tras su lectura deseas recomendar.

Pero mira bien a quién recomiendas o prestas este libro. Como la persona a quien se lo dejes -seguramente- no te lo devolverá, tú tendrás que comprar otro ejemplar... y también ese segundo libro te apetecerá prestarlo y, como resultado, tendrás que adquirir un tercer libro y prestarlo... con tal sistema, a pocos amigos que tengas fomentaras la lectura y nuestros libros serán más conocidos.

Descubre y comenta sobre este libro en las redes sociales:

Facebook.com/ El Ducado de Anizy

Twitter : #ElAsaltoDeCartagenaDeIndias

 Editorial Popum Books

 @PopumBooks



Descubre otros títulos en nuestra web:

www.popumbooks.es



Año 1697. Mariana Tamares es una mujer de la nobleza sevillana, que deberá saldar una deuda de juego de su padre contrayendo matrimonio con un rico y cruel comerciante que aspira a ennoblecerse.

La joven tiene que abandonar el entorno familiar y dirigirse, acompañada de Teresa, su doncella, a la colonia de Cartagena, donde la espera su futuro marido.

El mismo camino es realizado por Antoine Laver, oficial de la marina francesa que, bajo las órdenes de Luis XIV, parte con la Armada al Caribe para asaltar la posesión española y hacerse con un importante botín y que Francia prosiga la guerra contra la Liga de Augsburgo.

Aventura, corrupción, avaricia y traiciones se dan cita en esta vibrante novela con dos protagonistas llegados del Viejo Mundo, a los que unirá una cruel batalla en la que cada uno debería haber jugado en bando distinto.

.....

« Una obra que rescata del olvido un episodio ignorado de una de las ciudades más antiguas de América. Todo ello, con un ágil y cuidado lenguaje de la época y aderezado con amplios conocimientos del mundo naval. »

Laura Estévez, redactora de Cultura en TPA Noticias

« En algunos momentos me ha parecido tan real que tenía que levantar la vista de sus páginas y decirme, es un libro. »

Raquel Campos, escritora

